

**«Yo también conocía
a Artur Paz Semedo»
Roberto Saviano**

«Yo también conocía a Artur Paz Semedo»

Roberto Saviano

«De todas las cosas que José Saramago era capaz de hacer, morir se ha sido la más inesperada. Si conocías a José, simplemente no se te pasaba por la cabeza. Claro que los escritores también mueren, desde luego. Pero él no te daba la menor posibilidad de pensar en un cuerpo cansado de la vida, de respirar, de comer, de amar. Se había ido consumiendo en los últimos años, entre la carne y los huesos parecía haber cada vez menos espesor, su piel era una fina capa que le cubría el cráneo. Pero él decía: “Si estuviera en mis manos, yo no me iría nunca”.»

Estas nuevas páginas de Saramago son un criptograma del murmullo continuo de las misteriosas revelaciones que recibimos.

Escribí estas palabras cuando me enteré de que José se nos había ido. Poco después, sin embargo, pude darme cuenta de que no había otorgado la confianza merecida a su obstinada voluntad de regresar.

Y aquí está otra vez con nosotros. De carne y hueso son sus palabras inéditas en este nuevo libro. Las palabras conservadas en las páginas de *Historia del cerco de Lisboa*: «Era luna llena, de aquellas que transforman el mundo en fantasma, cuando todas las cosas, las vivas y las inanimadas, murmuraban misteriosas revelaciones, pero va diciendo cada cual la suya, y todas desencontradas, por eso no logramos entenderlas y sufrimos la angustia de casi saber y quedarnos no sabiendo».

Estas nuevas páginas de Saramago son un criptograma del murmullo continuo de las misteriosas revelaciones que recibimos. Como un manual de traducción de sonidos, percepciones e indignaciones. La historia de Arturo Paz Semedo supone una revelación para el lector más distraído, para la lectora más

atenta, para el erudito más riguroso, para el filólogo más cínico. Es una orquesta de revelaciones. En Artur las revelaciones que he visto son las de todos los hombres y mujeres que se han defendido de la idiotez al darse cuenta de haber comprendido los dos caminos que existen: quedarse aquí, soportando la vida, charlando con ironía, tratando de acumular algo de dinero y algo de familia y poco más, o bien otra cosa. ¿Otra cosa? Sí, otra cosa precisamente. Otro camino. Estar dentro de las cosas. Dentro de Artur Paz Semedo está el meollo dorado ya expresado en *Ensayo sobre la ceguera*: «Siempre llega un momento en que no hay más remedio que arriesgarse».

«Siempre llega un momento en que no hay más remedio que arriesgarse.»

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista. No vivía en Italia. Probablemente nunca haya empuñado un ar-

ma, ni mucho menos se le haya pasado nunca por la cabeza la idea de disparar un solo tiro. Pero yo también conocía a Artur Paz Semedo y su nombre era Martin Woods. Su arma era la precisión. Una obstinada precisión.

El caos que te recuerda el lugar que ocupas en esta tierra y que te vuelve más humano.

Si te contratan en calidad de agente especializado en antirreciclaje en el mastodónico Wachovia Bank, un poco loco sí que has de estar. Porque incrustarse en las hendiduras de los balances financieros, lanzarse de cabeza a la masa informe de las cuentas corrientes, espulgar sin sosiego las fichas de los clientes del banco no es una profesión al alcance de todos. ¿Quién no acepta de buen grado una cierta dosis de caos diario? El caos que te recuerda el lugar que ocupas en esta tierra y que te vuelve más humano.

En el curso de una entera existencia podemos vernos llevando una vida llana y recta como una autopista sin salidas. O bien puede tocarnos acabar ante una bifurcación. ¿Por suerte? ¿Por desgracia? Tal vez por ambas cosas, tal vez por ninguna de ellas. El

caso es que cuando te hallas frente a una elección forzosa no puedes volverte atrás ni pretender que no pasa nada. Puedes tomarte tu tiempo y observar la encrucijada desde lejos, estudiarla, admirarla, dejándote fascinar y aterrorizar, puedes guiñarle un ojo en un vano intento de seducirla para que se aparte y te deje pasar. O puedes zapatear, blasfemar, descarnarte las manos, con la esperanza de que retroceda impresionada por tu furia. Pero seguirá allí. ¿Tomarás a la derecha o a la izquierda? La pregunta es retórica si te llamas Artur, o Martin. Desde el principio, cuando te das cuenta con el rabillo del ojo de que hay algo que no marcha, y que ese algo chirría, corneando el castillo de seguridades que siempre te ha servido de consuelo, desde ese mismo momento has tomado tu decisión. La encrucijada la ha tomado por ti. Lo quieras o no. Si hubieras apartado la mirada tan sólo un segundo antes, no habrías acabado petrificado por la Medusa.

Martin comienza a leer miles de páginas. Miles de páginas hechas de números.

Ahí está, una vez más, la encrucijada. Al principio es insignificante, trivial incluso, como un cheque de viaje cualquiera. Cuando piensas en esos pedazos de papel, piensas en turistas responsables que no quieren ver cómo se les estropean las vacaciones sólo porque en un momento de descuido han dejado que les roben la cartera. Por mal que vayan las cosas, piensan esos turistas, mi dinero está a salvo. Piensas en un alegre padre de familia que se ha pasado un año trabajando como una mula y ahora quiere desconectar y disfrutar de un merecido descanso con sus seres queridos. En México acaso, donde coloridos folletos prometen sol, playa y la afable cortesía de los lugareños. Pero ¿cuánto dinero le hace falta a un turista?



¿Cuánto cuestan los souvenirs? Ésas son las preguntas que se plantea Martin cuando hace la suma de los cheques de viaje de algunos clientes del banco. Una cifra monstruosa. ¿Cuántos margaritas puedes pagar con ese dinero? ¿Cuántos sombreros para regalar a tus parientes? Los números de serie son secuenciales. ¿Cuántas probabilidades hay de que se trate de una coincidencia? Prácticamente ninguna. ¿Y cómo es que todas esas pes y esas bes en las firmas de los cheques de viaje son tan abombadas? No te hace falta ningún perito grafólogo para que el cosquilleo de una sospecha se abra paso. Ahí está la encrucijada. Has empezado a recorrer el camino. Y entonces todo se acelera. Así es como funciona, se trata de

No te hace falta ningún perito grafólogo para que el cosquilleo de una sospecha se abra paso. Ahí está la encrucijada. Has empezado a recorrer el camino. Y entonces todo se acelera.



Un hombre que se desgañita para llamar la atención acaba por perder la voz al final si nadie se detiene a escucharlo.

una regla despiadada e ineludible, más precisa que cualquier ley física. Martin bombardea a sus superiores, quiere arrojar luz sobre las anomalías que ha encontrado. Tiene que haber algo detrás de ese dinero que pasa a través de las agencias de cambio mexicanas. Y en efecto hay algo. Hay millones de dólares que el cártel de Sinaloa, el más rico y poderoso de los cárteles mexicanos de la droga, hace transitar por las «casas de cambio» para enjuagarlo bien antes de que aterrice resplandeciente en las cuentas del Wachovia Bank.

La respetabilidad y la obstinación son dos cualidades que se refuerzan mutuamente. La primera cojea si no está respaldada por un plan de acción; la segunda es ciega si no posee la fuerza del consenso. Martin posee las dos, pero quien está por encima de él hace de todo para acallarle, para transformar su obstinación en testarudez, la testarudez en embotamiento, el embotamiento en locura. Es el más típico de los procesos: un hombre que se desgañita para llamar la

atención acaba por perder la voz al final si nadie se detiene a escucharlo. Martin ha metido las narices donde no debía y está a punto de destapar un caldero en el que hierven intereses planetarios. Su historia acabará bien. A pesar del silencio, la marginación, el agotamiento nervioso, al final llegarán la rehabilitación y las disculpas oficiales. La encrucijada le ha llevado al interior de un territorio oscuro, un frondoso bosque que no deja pasar la luz, hasta que aparece el primer resplandor entre las hojas. Desafortunadamente, no sabremos nunca lo que se oculta tras la encrucijada de Artur Paz Semedo.

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista. No vivía en Italia. Probablemente nunca haya empuñado un arma, ni mucho menos se le haya pasado

nunca por la cabeza la idea de disparar un solo tiro. Pero yo también conocía a Artur Paz Semedo y su nombre era Tim Lopes. Su arma era la pasión. Una ardiente pasión.

Tim Lopes nació en una favela de Río de Janeiro. Con una idea, un talento y un problema. Su idea era que escribir acerca de los problemas que afligen Brasil y darlos a conocer al mundo podía ser el primer paso para levantar el país. Su talento era la capacidad que tenía de desencovar las mejores historias de las esquinas de las calles y sacarlas a la luz. El problema era su nombre. «¿Te imaginas la cara del lector cuando vea al pie del artículo Arcanjo Antonino Lopes do Nascimento? Como mínimo se echa a reír y pasa al horóscopo», le dijo un día su primer editor. De su apellido sólo conservó Lopes, para el nombre le bastó su parecido con el cantante Tim Maia. En los años noventa empieza a acumular premios por sus reportajes. Tim se disfraza, asume identidades falsas, introduce microcámaras ocultas en los callejones más peligrosos de Río. Habla con

Pero yo también
conocía a Artur Paz
Semedo y su nombre
era Tim Lopes. Su
arma era la pasión. Una
ardiente pasión.

todo el mundo, sin perder nunca la sonrisa y la pasión febril por las cosas buenas de la vida, como correr por el paseo marítimo o bailar la samba. Por un lado están el sol, las playas, el ruido de las olas. Por otro, toda la negrura de su obra. Esa negrura, aunque hagas como si nada, aunque cuentes con un combustible de indefensa moralidad que te empuja siempre hacia delante, con el tiempo va corroyéndote. Los primeros síntomas los percibe Tim esa vez en que se disfraza de vendedor ambulante de agua y oculta una pequeña cámara en la nevera portátil. Quiere filmar a las pandillas callejeras que acosan a los transeúntes. Todo sucede en un instante. Un chiquillo se acerca a una pareja, saca un cuchillo, un taxista se percata del atraco, saca una pistola y comienza a disparar para asustarlo y hacer que huya, el niño intenta perderse en el tráfico, pero no puede esquivar un autobús que lo embiste de lleno.

Tim lo ha filmado todo, medio alelado, y esa pregunta que todos los periodistas se plantean en determinado momento y que

en el pasado apenas le había rozado se convierte en un tormento: ¿de verdad merece la pena? Todos estos riesgos, ¿para qué? ¿Es que acaso los habitantes de las favelas viven mejor, después de todos mis reportajes?

Tim siente la necesidad de marcharse, de retirarse a un lugar remoto para pensar. Aunque sea por una vez, no hacer caso a los problemas que ni siquiera el Estado es capaz de resolver. Pero recibe un grito de auxilio. Los habitantes de la favela Vila Cruzeiro, sometidos al yugo del Comando Vermelho, no saben ya en quién confiar. ¿Quiénes son los buenos? ¿Quiénes son los malos? No cabe duda de que los del Comando no son los buenos, y lo mismo puede decirse de la policía, tan a menudo inactiva, corrupta o cómplice de los grupos criminales. Les queda Tim. Él es buena gente. De él pueden fiarse, por más que, como suelen decir los de las favelas, pertenezca al «asfalto», es decir, viva donde las calles están, efectivamente, bien asfaltadas, no como allí, en Vila Cruzeiro, donde todo el firme está en mal esta-

do y hay que zigzaguear entre pedruscos. El comportamiento de los traficantes de Vila Cruzeiro se ha vuelto intolerable. No ya por el trapicheo de drogas a la luz del día, que es ya una triste costumbre, sino porque ahora los del Comando han puesto sus ojos en las niñas menores de edad de la favela. Cualquiera que se niegue a mantener relaciones sexuales con ellos durante las fiestas *funk* lo paga caro. Tim se dispone a documentar las bárbaras costumbres del Comando para airearlas ante la opinión pública. Escoge un recurso ya experimentado: localiza una salida de humos, se asegura de no llevar encima objetos como el móvil o documentos que lo identifiquen en caso de que alguien sospeche (es ya un rostro familiar en Río y debe protegerse también de la fama) y se equipa con su habitual microcámara oculta en el cinturón. Pero esa noche serán precisamente las precauciones y su currículum los que traicionen a Tim.

¿Quiénes son los buenos? ¿Quiénes son los malos?

André da Cruz Barbosa, más conocido como André *Capeta* («Diablo»), y Maurí-

cio de Lima Bastos, o *Boizinho* («el Pequeño Buey»), dos miembros del Comando, se acercan a ese extraño individuo apoyado en la barra del bar.

—¿Qué mierda es esa luz?

—Soy periodista, puedo explicarlo.

Pero, sin documentos, ¿cómo pueden creerle? Y aunque le creyeran, Tim no dejaría de ser un maldito soplón. Lo mejor es llevarlo a ver al jefe, Elias Pereira da Silva, más conocido como *Maluco* («el Loco»). El Loco se encuentra en Grotá, la misma favela en la que Tim ha puesto el foco de atención en uno de sus más famosos reportajes, que además de obtener los premios habituales había contribuido a la detención de varios narcotraficantes. El Loco habrá pensado en un regalo del cielo cuando vio aparecer a sus dos secuaces arrastrando al entrometido periodista.

Lo que sigue es una lista de humillaciones y torturas después de una farsa de juicio improvisado en una colina abandonada del Complexo do Alemão. La «corte criminal» de los narcos se reúne para deliberar sobre

una decisión ya tomada: Tim debe morir. Para los del Comando es un delator, y hay un ritual preciso que ha de seguirse con los delatores. Los preliminares pueden ser de lo más variado —en el caso de Tim se emplearon cigarrillos para quemarle los ojos y una espada ninja para mutilarlo—, pero el final es siempre el mismo: el «horno microondas». Se trata de un cilindro compuesto de neumáticos apilados en cuyo centro se coloca a la víctima. Luego se rocía con gasolina y se le prende fuego. Una pira de los narcos. Desafortunadamente, no sabremos nunca lo que se esconde en las estanterías repletas de cajas de cartón que Artur Paz Semedo observa preocupado. ¿La verdad o el castigo por haber sido demasiado osado?

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista.

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista. No vivía en Italia. Pro-

No es más que sentido del deber cuando amas con un amor ardiente tu trabajo y ante un ultimátum escoges de acuerdo a tu conciencia.

bablemente nunca haya empuñado un arma, ni mucho menos se le haya pasado nunca por la cabeza la idea de disparar un solo tiro. Pero yo también conocía a Artur Paz Semedo y su nombre era Rodolfo Rincón Taracena, su nombre era Valentín Valdés Espinosa, su nombre era Luis Horacio Nájera, su nombre era Alfredo Corchado. Su nombre era el título de un semanario de Tijuana: *Zeta*. ¿Sus armas? El sentido del deber.

No es más que sentido del deber cuando amas con un amor ardiente tu trabajo y ante un ultimátum escoges de acuerdo a tu conciencia. Por un lado, la vida protegida por un silencio impuesto; por otro, la muerte precedida por el último grito de la verdad.

Rodolfo Rincón Taracena era un veterano del periodismo de investigación, acostumbrado a las amenazas hasta el extremo de no concederles demasiada importancia. Ciertamente no era un idiota, ni un inconsciente, como lo hubiera sido de haberse limitado a encogerse de hombros frente al continuo incremento de la barbarie de los narcos. No es-

tás loco si te mantienes aferrado a las palabras y sigues caminando. Y eso hacía Rodolfo, caminar, cuando fue abatido a tiros a la salida de la redacción de su periódico, el *Tabasco Hoy*. Sus palabras habían sido demasiado precisas, demasiado directas, y señalaban con el dedo, daban nombres, gritaban apellidos.

Valentín Valdés Espinosa era joven, apenas tenía veintinueve años, pero en cuanto al sentido del deber era una autoridad. Había usado sus armas, las palabras, para lanzarlas contra un jefe de los Zetas y cinco miembros del cártel del Golfo. Su cuerpo martirizado sirvió de advertencia para los demás.

Alfredo Corchado, corresponsal en México del *Dallas Morning News*, se vio hace años ante la encrucijada. Tomó su decisión, y ahora sobrevive gracias a la única arma que ha demostrado su eficacia: la desconfianza. Ante todo y ante todos.

La desconfianza es una escafandra a prueba de balas, que quien decide tomar a la derecha o a la izquierda se ve obligado a usar. Es incómoda, engorrosa, lo suficientemente pe-

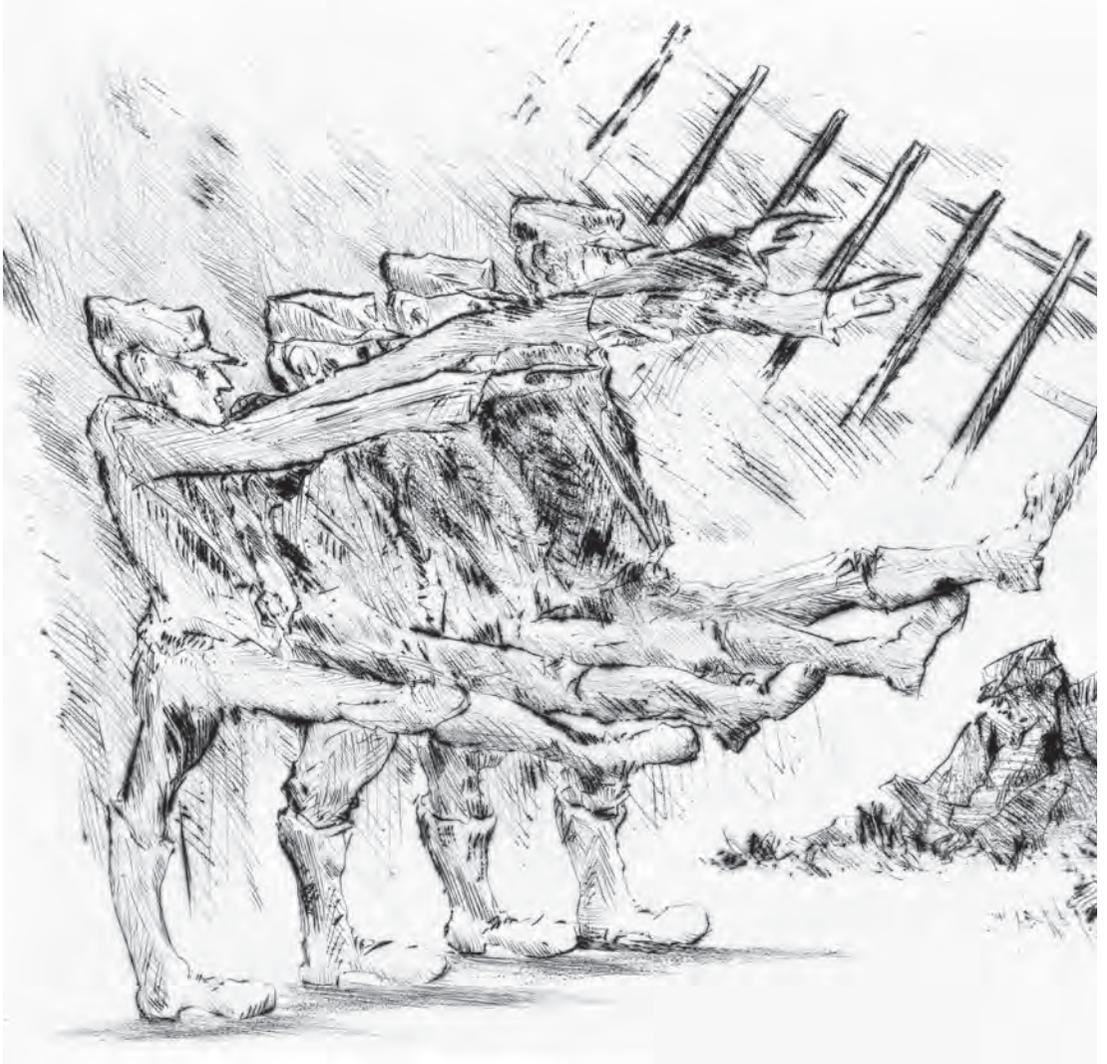
La desconfianza es una escafandra a prueba de balas, que quien decide tomar a la derecha o a la izquierda se ve obligado a usar.

sada como para romperte la espalda e impedirte el movimiento. Pero ayuda, hasta que te das cuenta de que, por una diminuta grieta desconocida hasta ese momento, se te ha colado un virus. Para Luis Horacio Nájera el virus fue una lista negra de periodistas en la que aparecía también su nombre: junto con su mujer y sus hijos huyó a Vancouver, donde comenzó una nueva vida.

El 11 de abril de 2010, el semanario *Zeta*, de Tijuana, cumplió treinta años. Muchas felicidades, muchachos, seguid así.

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista. No vivía en Italia. Probablemente nunca haya empuñado un arma, ni mucho menos se le haya pasado nunca por la cabeza la idea de disparar un solo tiro. Pero yo también conocía a Artur Paz Semedo y su nombre era Bladimir Antuna

García. Su arma era una palabra. Una palabra que no se acomodaba jamás. Una vida cómoda, cimentada en la seguridad, nunca fue el objetivo de Bladimir Antuna García, tal vez ni siquiera fuera nunca su anhelo. Ésta es también una historia llena de agujeros, de preguntas sin respuesta, de promesas tan sólo insinuadas. A diferencia de Artur Paz Semedo, sin embargo, el final de Bladimir sí que ha sido escrito y si no me doliera tanto contarlo de nuevo, lo haría. Cuando conocí a Bladimir descubrí que una obsesión, sea por lo que sea, siempre conduce a la más completa derrota. No hay buenos principios que se sostengan, no hay buenas obras que rediman; los principios y las buenas acciones no detienen las balas, y mucho menos protegen de las palabras que Bladimir nunca usaba, es decir, palabras acomodadas, domesticadas, envueltas en una gruesa pátina de respetabilidad de un metro de espesor. Bladimir también tenía a su vez una corteza bastante dura, templada por años de cocaína y de alcohol, de caerse y volver a





levantarse, de sonoros batacazos y de pequeñas revanchas.

El alcohol y las drogas pueden matarte, pero la obsesión por las historias te mata dos veces.

Acaso una vida tan al límite ayude realmente a dotarse de una armadura sin igual, porque cuando dejas de preocuparte por ti mismo, tu futuro te parece una campaña de marketing para novias que buscan marido o sacerdotes que buscan dinero, de manera que nada te asusta, ni siquiera un escuadrón de Zetas ansiosos de venganza por el enésimo artículo aparecido en un periódico de mierda de Durango que estaba a punto de cerrar pero que al final resucita una vez más gracias a un periodista insensato, de mal aliento y andar encorvado. Y así era en efecto Bladimir, cuando lo conocí, un hombre perdido en sus pesadillas y obsesionado por las historias. El alcohol y las drogas pueden matarte, pero la obsesión por las historias te mata dos veces. La primera vez ni siquiera te das cuenta, porque respiras, bebes, duermes, meas. Estás vivo, pero consumido por dentro. Puedes escribir cientos de artículos de sucesos al mes, tal como lo hacía Bladimir,

y desfondar a base de kilómetros el coche que te pasea de una fuente de noticias a otra, de las comisarías a las escarpadas montañas, pero ese hueco no lo vas a llenar nunca. Si le preguntaras a Bladimir cuándo tomó por aquella encrucijada, probablemente se encogería de hombros y sonreiría sólo con la mirada, como si tu pregunta fuera el reflejo de un desaire. Para algunos las cosas funcionan así. La decisión se impone desde el principio, no tienen que esperar a llegar ante un cruce. Son los más afortunados, son esos que frente a las amenazas cotidianas pueden decir, como lo hacía Bladimir: «No son más que palabras». Y cuantas más palabras recibía en pleno pecho, más palabras arrojaba contra sus enemigos.

Nunca sabremos qué palabras hubiera hallado Artur Paz Semedo. Tal vez palabras protegidas por el frío de los números y por la manta que todo lo repele de la burocracia. Acaso palabras arriesgadas. ¿Habría sido capaz de hacerles frente, Artur? Bladimir siempre procuraba reducir los riesgos al mínimo,

sin reducir, en cambio, la potencia de fuego de sus artículos. Le resultaba imposible: ciertos vicios son imposibles de abandonar.

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista. No vivía en Italia. Probablemente nunca haya empuñado un arma, ni mucho menos se le haya pasado nunca por la cabeza la idea de disparar un solo tiro. Pero yo también conocía a Artur Paz Semedo y su nombre era Friedhelm. Su arma era la respetabilidad. Pero Friedhelm también tenía una necesidad imperiosa, treinta mil marcos. No era un hombre en busca de la verdad, no quería desenmascarar conspiraciones o enmendar los desajustes del mundo. Era un hombre como tantos otros, como todos los demás, era un empresario con problemas de liquidez. El respeto por una vida de trabajo no funciona como un cajero automáti-

co, en el que introduces el código y he ahí el crujido de los billetes. Para una economía desinflada, donde el oxígeno del dinero inmediato está cada vez más enrarecido, recurrir al lado opaco del crédito ya no es un tabú. Ésa es la razón por la que Friedhelm se encontró ante una encrucijada. Ante tres caminos. Ante tres decisiones.

Estamos en Alemania, a las puertas del nuevo milenio. La empresa de construcción de Friedhelm está al borde de la quiebra. Pero él tiene un amigo de toda la vida que podría prestarle esos treinta mil marcos.

—Tengo treinta mil buenas razones para pedirte ese dinero, Manuel —dice entre lágrimas Friedhelm.

—Me basta con nuestra amistad —contesta Manuel.

—No puedo devolverte el dinero. Pero si me das un poco de tiempo... Ya sabes, quizá se esté moviendo algo, con esa licitación del Ayuntamiento sería suficiente...

Manuel no le deja terminar, porque no está escrito en ninguna parte que una deu-

El respeto por una vida de trabajo no funciona como un cajero automático, en el que introduces el código y he ahí el crujido de los billetes.

da no pueda pagarse de otra forma. El plan es simple: hay un enorme cargamento de cocaína destinado a Berlín y Friedhelm podría hacerse cargo de la logística.

—¿O es que no trabajabas como transportista de joven?

La ruta ya ha sido establecida: Curaçao-Portugal-Alemania.

—¿Tú no has vivido en Portugal?

Friedhelm no puede echarse atrás. En el fondo, se trata de organizar un simple envío, gestionar el personal, hacer el seguimiento de las etapas. Nada que no haya hecho ya. Como si no bastara, ha recibido la visita de un fulano que se hace llamar el Holandés Rojo. Friedhelm no se inmutó cuando el Holandés Rojo le enseñó una foto de su hija de catorce años ni se detuvo a pensar si a aquel hombre lo había enviado su «amigo» Manuel. No le queda tiempo para cosas así. Tiene que tomar su primera decisión.

Mil kilos de polvo blanco a través del océano, después por vía terrestre atravesando Europa desde las costas ventosas de Por-

tugal hasta las gélidas calles de Berlín. Para transportar una tonelada de cocaína repartida en paquetes hace falta un barco de gran capacidad y libre de sospecha, de modo que el grupo de Manuel se hace con la nave de pesca *Reine Vaering*, capitaneada por su patrón, Paul. La embarcación está esperando la carga, pero surge un problema: Paul se niega a embarcar toda esa mercancía, es demasiado pesada y el *Reine Vaering* corre el riesgo de hundirse en alta mar a miles de kilómetros de la nada en cualquier dirección. Un tercio de la carga se queda en tierra. Los restantes seiscientos sesenta kilos se apiñan a bordo y se cubren con una gruesa capa de cemento. Tres meses más tarde, en el puerto de Aveiro, en Portugal, está Friedhelm. Lo ha organizado todo. Ha llevado hasta allí una Iveco Turbo Daily directamente desde Alemania, repleta de cajas de mudanza. Además, ha comprado hornillos de camping, colchonetas hinchables, sillas plegables y todo lo necesario para unas vacaciones al aire libre. El conductor que deberá llevar la fur-

goneta hasta Berlín no sabe que un cómplice de Friedhelm se ha encargado personalmente de meter en las cajas los paquetes de coca. Un plan perfecto, de no ser porque el lote se ha reducido a trescientos kilos. El encargado de picar la losa de hormigón del barco y sacar a la luz los paquetes se ha asustado: demasiados ojos y demasiados oídos al acecho. Más vale conformarse con trescientos kilos: en el fondo, podrían colocarla al por mayor por dieciséis millones de marcos; al por menor, una vez cortada, sacarían de ella incluso cincuenta. ¿Se conformará Manuel?, se pregunta Friedhelm. ¿Se conformará su esbirro, que tal vez esté vigilando a su hija en ese mismo momento, mientras ésta entra por la puerta principal de su colegio? No le queda tiempo para buscar una respuesta, la Iveco debe dirigirse a la autopista, el conductor podría recelar. En Berlín ya encontrará una solución y tomará la segunda decisión.

Hace casi una semana que Friedhelm se despierta, va al baño, se lava la cara, comprueba la progresión de las canas en su cabe-

llo y lanza luego una mirada por el ventanuco de encima del radiador. La camioneta aún sigue allí. La carga aún sigue allí. ¿Y si se la robaran? Menuda cara pondría el ladrón cuando descubriera entre las cosas de acampar un paquete de cocaína. Tendría gracia de no estar en juego la vida de su hija y la suerte de una empresa por la que ha sudado sangre. Todo va a salir bien en su oficina del distrito de Neukölln. Está al borde de la quiebra, es cierto, pero Friedhelm conserva aún una reputación intacta y la respetabilidad que se ha ganado con tanto trabajo ha de servir para defenderle a él y al tesoro que esconde en el archivo de los antiguos proyectos. Y, en efecto, nadie mete las narices donde no le llaman y los días pasan. Nadie se pone en contacto con Friedhelm y él va a trabajar con ostentosa puntualidad, todo debe parecer normal, de una anónima trivialidad. Si alguien le pregunta cómo van las cosas, Friedhelm, luciendo una sonrisa, responde que todo va bien, que la vida sigue igual. A fuerza de repetir esas frases va

convenciéndose de que tal vez sea verdad, de que la vida transcurre idéntica a sí misma, sin perturbaciones. Pero entonces, cuando entra en la oficina y abre el fichero, sus ilusiones se hacen añicos. Trata de concentrarse en su trabajo, pero la columna del pasivo no deja de agrandarse y los trescientos kilos de cocaína siguen ahí.

A fuerza de repetir esas frases va convenciéndose de que tal vez sea verdad, de que la vida transcurre idéntica a sí misma, sin perturbaciones.

Es una tarde particularmente húmeda cuando a Friedhelm se le ocurre una idea y toma la tercera decisión. Un kilo más o un kilo menos, ¿quién va a darse cuenta? Friedhelm tiene un amigo, Helmut, que sabe cómo colocar la droga. La entrega y la venta del primer kilo van como la seda. Son cincuenta y cinco mil marcos de oxígeno puro para el empresario de la construcción.

Un kilo más o un kilo menos, ¿quién va a darse cuenta? Y Friedhelm sustrae otro de la montaña que custodia en su oficina. Pero esta vez las cosas se tuercen. El teléfono de Helmut está intervenido y la policía los pilla a él y a Friedhelm. Al ya exempresario le caen más de trece años, y gracias a su

testimonio se derrumba el castillo que había ayudado a levantar y que había permitido la importación de tres quintales de cocaína.

¿Habría llegado tan lejos Artur? ¿Habría puesto en peligro su reputación, la honestidad ganada sobre el terreno, el prestigio de una vida guiada por el recto camino?

Yo también conocía a Artur Paz Semedo. No trabajaba en el departamento de facturación de armas ligeras y municiones de la empresa Belona S. A. y no tenía una exmujer pacifista. No vivía en Italia. Probablemente nunca haya empuñado un arma, ni mucho menos se le haya pasado nunca por la cabeza la idea de disparar un solo tiro. Pero yo también conocía a Artur Paz Semedo y su nombre era Christian Poveda.

¿Que cuál era su arma?

Ya no lo sé, me he hartado de hablar de armas. Hace algún tiempo tuve en mis manos un Kaláshnikov, e hice que lo sostuvieran aquellos que quisieron acompañarme

a uno de los pocos lugares que siguen siendo libres: el teatro. Tocar un arma es una experiencia que todo el mundo debería vivir. Todos deberían recorrer sus estrías con los dedos, sopesar el cargador, vacío primero y después relleno de proyectiles. De lo contrario, sólo te queda la fascinación o la repugnancia. Lo que hace falta es el conocimiento. ¿Cuánto pesa la muerte? Todo el mundo debería jugar con un casquillo, girándolo entre los dedos como hace el mago con una moneda. ¿A qué velocidad va la muerte? Todo el mundo debería disparar un tiro contra un blanco, sea una lata o una diana colgada de un montón de paja, poco importa. ¿Qué se siente cuando el tiro da en el blanco?

Todo el mundo debería
jugar con un
casquillo, girándolo
entre los dedos como
hace el mago
con una moneda.
¿A qué velocidad va la
muerte?

Para contar la historia de Christian he utilizado a menudo la palabra *triste*. Triste para él, por morir así, tan joven y traicionado como un héroe de Homero, triste ante la idea de que tal vez sus palabras, a fin de cuentas, no hayan servido de nada. Estoy cansado del engaño de las palabras. De ha-

blar de armas, y de usar esa palabra: *triste*. Christian Poveda se vio en una encrucijada y murió realizando su trabajo. Feliz.

«Los que escriben con claridad tienen lectores; los que escriben oscuramente tienen comentaristas.» Camus tenía razón. Saramago sabía responder: «Eso es lo que resulta tan simpático en las palabras sencillas, que no saben engañar». Encontrar palabras sencillas es la tarea más complicada para un escritor. Palabras sencillas, incapaces de engaño. Palabras que acaso puedan llegar a ser felices.

Yo también conocía a José Saramago.